

bal salud era preciso tener *buen estómago y mal corazón*, esto es, insensibilidad y despego. La entrañable sensibilidad, el desconsuelo, los pesares, desmoronan la existencia; el corazón blando y desalado, la imaginación ardiente, el alma ensimesmada, melancólica, impresionada en demasía por los quebrantos inseparables de la humanidad, acortan necesariamente los días. Así pues, la filosofía apacible y jovial es tan amiga de la vida como le son contrarias la filosofía austera de los estoicos, la zaheridora escolástica y el argumentista peripato. Por último, la mejor máxima para vivir largo tiempo es esta: *bene vivere et lætari*, vivir ajuiciada y esplazadamente. El ahinco que algunos clavan en su salud no es menos fatal que la destemplanza; evitemos siempre los extremos. Dejémonos guiar por la próspera naturaleza y el instinto, en cuanto se avienen con las intimidades sociales. El que más sosegadamente ha vivido ha dado en el ito. La medianía, la apacibilidad jenial, el alimento sencillo, el carácter benévolo, el embeleso de la amistad, la paz del alma, son bienes inestimables y los más adecuados á nuestra naturaleza, como son los más provechosos para la duración de la vida.

ARTICULO PRIMERO.

DE LA MUERTE Y EL SUICIDIO.

En balde pedimos dilatada vida, en balde confiamos consumir algunos días más sobre la tierra; el plazo se cumple; fuerza es fenecer un día. La muer-

te arrolla todas las naciones y recoge todos los pueblos.

¡Fuerza es fallecer! Este pensamiento roe las entrañas de los más de los hombres. El camino de la vida termina en tan melancólica perspectiva; y cuanto más nos acercamos á ella, agólpanse las zozobras y los quebrantos. La gloria, la nombradía, la fortuna, la hermosura, el deleite, la alegría; todo se empoza en la tumba. ¿Qué es pues la vida? un sueño.

Son tantos los hombres que fueron y que ya no son, tantos á quienes cabrá el vuelco en este abismo, la vida es tan breve, y tan dilatados los siglos, y por último, son tan desproporcionados é incalculables los acaecimientos que en este mundo nos asaltan, que no cabe afirmar proposición alguna acerca de un ente tan frágil y tan transitorio como el hombre.

Solo él preve la muerte, pues los animales, ajenos de este tormento, la padecen sin pesadumbre. Los hombres más idiotas, los salvajes más estúpidos y los niños casi nunca piensan en su inevitable paradero. El hombre, en su lozanía descollante, se jacta de menospreciar la muerte: la endebles de nuestro cuerpo en la ancianidad, la aterradora previsión de lo venidero, acibaran más y más la copa de la vida en nuestra hora postrera. La indiferencia, la relajación, nos roban la tremenda vista de nuestro fin; pero la muerte nos arrebatá á la tumba cada día, cada hora, cada minuto; y de todos los

dias, el mas aciago y mortífero para el hombre es el de su nacimiento.

¡Cúmplase el término, da la hora, y el hombre no existe! Este rey del mundo yace en la tumba, esta mano poderosa que mandaba á la muerte está yerta y helada. Seis pies de tierra tienen encarcelado al Grande Alejandro, á ese hombre, cuyas escelsas hazañas llenaron el universo; póstrale la muerte en medio de sus triunfos, y la tierra enmudece: sobreviene un leve trastorno en el cuerpo del Macedon, pero tan poco basta para trastornar hasta los cimientos la Europa y el Asia.

¿Quién podrá calar los misterios de nuestra vida? ¿Qué es la muerte? ¿Porqué la tememos si nos redime de tantas zozobras y sobresaltos? ¿Procede acaso nuestro pavor del tormento que la acompaña? Mas padecemos aun á veces sin perecer; el cercen de una pierna es mas doloroso que la muerte de enfermedad, y aun que la repentina. ¡Cuántas muertes no hemos visto que nos parecieron envidiables por su serenidad y sosiego! ¡Qué paz, qué contento destellan las últimas miradas del moribundo! ¡Qué rayo de esperanza, qué puro gozo resplandece en el rostro del hombre virtuoso! Ya no perece, lánzase á otra nueva vida, y entonces es cuando se muestra en toda su grandiosidad.

El pavor que nos causa la muerte nace las mas veces de los cariñosos vínculos que vamos á quebrantar; sin embargo, son estos tan precederos y tan frágiles, que parece debiéramos romperlos sin dolor. Lo pasado es un largo noviciado de la muerte

para el hombre que sabe reflexionar. Colocados en un punto del círculo de la eternidad, todo cuanto nos rodea está demostrando nuestra nonada. ¡Cuántos millones de hombres se ven sucesivamente arrebataados á la vida, cual la yerba de los prados bajo la hoz del labrador! ¿Porqué hemos de tramontar con nuestros anhelos nuestro ámbito comun? El tiempo, cuyos hijos somos, se apercibe á devorarnos. Tal es el tributo forzoso que la naturaleza reparte sin cesar, y que impone á cada rejion (1). Sus víctimas estan enumeradas, á ninguna perdona; y lo mismo arrebatá á los reyes del solio que al filósofo recapacitando sobre esta suerte veleidosa de que somos juguete desde nuestro nacimiento:

Nascentes morimur, fisisque ab origine pendet.

No es razon que estrañemos las tormentas y los naufragios que está padeciendo el jénero humano. Ya que la vida y la muerte, el señorío y la humillacion, la escasez y la opulencia y las revoluciones no son, cual las pestes, las guerras y el hambre, mas que el curso de la naturaleza, como los jiros de las

(1) Suponiendo en nuestro planeta de 6 á 700 millones de habitantes, habrá unos 23 millones de nacidos al año, ó sesenta mil cada dia, 2500 cada hora, 135 cada minuto, y de 7 á 8 cada segundo. No menos pronta será la muerte en arrebatar proporcionalmente sus víctimas. Así pues, fuerza será calcular en mas de veinte millones el número de víctimas anuales, lo que da cerca de 58000 por cada dia, 2400 cada hora, 130 cada minuto, y de 6 á 7 cada segundo. Otras causas contribuyen, además de las enfermedades, á acrecentar la mortandad; así es que en las colonias se hace preciso renovar los esclavos casi cada diez años.

estaciones del grande universo, fuerza es que nos avengamos á nuestra suerte sin vanos lamentos ni murmullos. ¿Qué otra cosa es nuestra existencia y la del jénero humano, sino una corta cantidad de materia que por breves dias se ajita y revuelve para desbaratarse despues? Así que, á escepcion del pensamiento que nos encumbra á la causa suprema, ninguna consideracion merece respecto de este universo nuestro cuerpo deleznable.

La filosofía que nos enseña á morir nos amaestra á vivir: de la lobreguez de la tumba salen las altas verdades que nos desengañan de este mundo; y la sabiduría no es mas que la meditacion de la muerte. Nuestra razon no puede alcanzar su cabal medro sino cuando está envuelta en este opaco pensamiento, porque es el único que nos ajusta nuestras incontestables dimensiones. La ciencia y la virtud, semejantes al vellocino de oro, solo se alcanzan haciendo rostro al terror y á la muerte. Todos los hombres eminentes labraron su númen en medio de las recónditas meditaciones que les sujerian el estudio de la naturaleza humana y la vista de su inevitable término. Quanto mas reflexionan los hombres, mas á menudo acuden á contemplar su paradero; quando los distraídos se arrojan ciegamente á la carrera de la vida. Hé aquí porque los pueblos salvajes temen poco la muerte, y rara vez piensan en ella, quando vemos que todas las naciones civilizadas la miran con espanto, porque quanto mas perfeccionamos el ánimo, mas mengua y desmerece el cuerpo. El bravo, bien así como el niño, piensa apenas

en el dia de mañana; y el hombre culto, á semejanza del anciano, considera con sobresalto lo porvenir que sin cesar le martiriza; y la sabiduría mas perfecta y cabal se convierte en una verdadera enfermedad del ánimo (1).

¡Porqué el único de todos los animales mas capaz de felicidad es tambien el único que huella voluntariosamente su existencia, llevado del íntimo convencimiento de su desventura! Es cierto que el sabio no vive, cual Caton y Arria, quanto puede, sino quanto debe. Ni la niñez, ni la ancianidad, ni el sexo femenino, son jeneralmente tan propensos á alzar contra sí una diestra homicida como el hombre en la edad varonil y en la época de las pasiones violentas y grandiosas empresas.

El animal, en quien predominan las necesidades corporales, á causa de la preponderancia de su sistema nervioso intercostal ó trispláncnico sobre el

(1) A los salvajes mas groseros, y hasta á aquellos que no admiten ninguna divinidad, les causa horror la idea del completo anonadamiento, despues de la muerte; de ahí es que suponen que volverán á vivir en una morada venturosa, en la tierra de los espíritus, en compañía de sus mas valientes guerreros y osados cazadores (Charlevoix, *Nouv.-Fr.*, tomo III, páj. 551). Por esta razon sepultaban con los muertos sus arcos, utensilios y víveres (Sagard, *Voyage au pays des Hurons*, páj. 288, etc.). En algunos territorios, cuando moria un cacique, solian matar algunas de sus mujeres, privados y esclavos, para que le sirviesen en el otro mundo, y gozase el difunto la misma dignidad que en la tierra (Dumont, *Louisiane*, tomo I, páj. 208, etc. etc.). Algunos esclavos se daban gustosos la muerte para seguir á sus amos (*idem*, tomo I, páj. 227).

aparato nervioso cerebral, reflexiona poco, y parece incapaz por lo mismo de locura y suicidio, resignándose humildemente á la esclavitud y á todos los fracasos. Así es que el suicidio es raro entre las naciones sujetas al despotismo, y apenas ha asomado por las dilatadas rejiones de la China, de la Persia y del imperio de los Czares. Los pueblos mas bravíos son mas sufridos que los civilizados. Parece que el suicidio es el heredamiento de los pueblos mas libres é ilustrados. Ya en lo antiguo fue tenido en mucho por las valientes naciones de estirpe escandinava ó celto-jermánica, segun lo prueban los siguientes versos:

Animæque capaces

Mortis et ignavum reditura parcere vitæ.

LUCANO, *Fars.*, L. 1.

Nadie ignora que todas estas naciones, siempre indómitas, menospreciaron la cobardía, é introdujeron por todas partes el uso del duelo. Entre los Godos, fue siempre honorífico el suicidio (1); así es que á pesar de la civilizacion que se ha estendido por todos los pueblos europeos, vemos aun en el dia que, mas que en otras partes, se manifiesta con frecuencia en Inglaterra, Francia, Alemania y otros paises vecinos. Algunos autores han considerado el suicidio solariego en el norte de Inglaterra (2). Las almas ensimesmadas, afectuosas y solita-

(1) Procop., *Hist. Gothor.*, lib. II, cap. XIV; *De Herulis*. Tom. Bartolino, *De caus. contempt. mort. à Danis*, etc.

(2) Smollett, *Hist. de Inglaterra*, lib. IX, año 1732; Chayne, *Du Spleen, ou de la maladie anglaise*.

rias se niegan á sobrevivir á sus quebrantos, cuando enconan su sensibilidad las instituciones políticas y relijiosas, los trastornos del estado ú de su fortuna, ó violentas catástrofes morales. El negro, arrebatado de su patria y llevado á América, condenado á las mas ímprobos fatigas, se mata gozoso con la esperanza de verse restituído á sus hogares. La secta de los estoicos y la relijion de los bracmanes autorizan el suicidio, y los secuaces de Foé llegan hasta creer que es un sacrificio provechoso para el alma y propio para alcanzar la perpétua bienaventuranza (1).

Por otra parte, la educacion afeminada que desde muy temprano desgasta la vida, y la depravacion de costumbres entre las personas opulentas, les hacen mirar con tedio su misma felicidad, y son el móvil del suicidio, el cual con razon puede llamarse en los tales cobardía (2). De este se ven repetidos ejemplos en la historia de la decadencia de los Griegos y Romanos y en las edades modernas, hasta en las personas mas delicadas, incapaces de resistir el ímpetu de sus pasiones. La mujer solo se sacrifica á un amor no correspondido; y jeneralmente hablando, por cada mujer que se suicida se cuentan cuatro hombres. Sin embargo, hanse visto entre ellas epidemias de suicidio, y en el periodo del menstuo es cuando mas se manifiesta esta fatal propension (3).

(1) La Loubère, *Voy. de Siam*, tomo I, páj. 487; Duhalde, *Hist. de la Chine*, tomo III, páj. 52.

(2) Falret, *De l'hypochondrie et du suicide*, Paris, 1822, en 8º.

(3) *Ibid.*, páj. 150.

Plutarco habla de las doncellas milesianas que á porfía se ahorcaban; Primerosé cita tambien las mujeres de Leon de Francia, que en cierta época se precipitaban en el Ródano; y un historiador antiguo hace mencion de otra epidemia semejante que se notó entre las doncellas de Marsella, ciudad donde en otro tiempo permitian las leyes quitarse la vida.

Si en nuestros climas multiplica los suicidios el espíritu independiente que anhela redimirse del martirio de las pasiones y de los pesares, lo contrario se advierte en los pueblos supersticiosos de la India oriental, los cuales solo se sacrifican á la melancolía relijiosa. ¡Cuántos fanáticos coronados de flores y vestidos de escarlata se arrojan al Gánjes para ser pasto de los caimanes, ó se abalanzan debajo de las ruedas del carro del ídolo Jagrenat, para quedar destrozados. Y ¡cuántos alfaquíes, arrebatados por su ascético delirio, se condenan voluntariosamente á las mas horrorosas agonías! ¡Cuántas viudas de Malabar se quejan aun en el dia del despotismo británico que no consiente que se arrojen á la pira que consume el cadáver de su marido! Nadie ignora hasta qué punto llevaron los mártires de la relijion cristiana el anhelo de alcanzar el bautismo de sangre. Cada relijion, cada secta, muestra con orgullo sus defensores que sellaron la doctrina con el sacrificio de su vida. Odino supo infundir tanto denuedo á las naciones septentrionales, que muchos de sus guerreros se hincaban el acero en el pecho sobre el cadáver de sus caudillos. Los Tracios, los

Jetos, los Godos, los Jermanos, los Bretones, los Galos, los Cántabros y los Asturianos han dado al mundo tan funestos ejemplos. En todos los países donde se levantan nuevas opiniones, predomina el menosprecio de la vida, y en prueba de ello basta contemplar la secta metódica que se ha introducido en Inglaterra, y lo que hicieron los secuaces de Calvino.

Sin embargo nótanse ciertas circunstancias atmosféricas que influyen mas que otras en el cumplimiento del suicidio. Hase advertido que los dias calurosos del verano lo han determinado en Andalucía, Marsella, Westminster, Ruan, Copenhague, especialmente en junio y julio (1); los vientos ponientes, cuando el cielo está encapotado y cuajada la atmósfera de humedad y niebla, constituyen el otoño en Inglaterra y otras partes en la época mas aciaga de suicidios (2). Los años frios y lluviosos, las épocas de carestía y los trastornos políticos acrecientan las causas del suicidio. En muchas ciudades del norte de Europa, se han visto muchísimos de estos actos de locura ó desesperacion, especialmente tras largas guerras y públicas calamidades (3).

(1) Hase observado jeneralmente, en Inglaterra (en Westminster) y en Alemania (en Hamburgo), que la mayor parte de suicidios ocurrían en julio; y de ahí es que se atribuyen al calor. Sin embargo, vense tambien muchos en los meses de noviembre, diciembre, febrero y marzo; y cuéntanse menos en junio y octubre.

(2) Segun Cheyne y Esquirol, art. *Suicide* del *Diction. des Sciences médic.*

(3) Kamptz, *Tableau du nombre des suicides*, Berlin, 1817.

Fuera de esto, es muy probable que haya una predisposición á este acto de frenesí, ya sea en algunas familias, en las cuales se han reparado varios casos hereditarios de esta demencia, ya sea en la complexion, el temperamento atrabiliario, ó de resultas de la relajacion y el onanismo (1), de algunos destemples orgánicos en las vísceras, de la posicion oblicua del colon transverso, de las lesiones del corazón y de los grandes vasos, como en los aneurismáticos, etc.

Así pues, el sér mas inteligente y el mas sensible es el único que se abalanza á la muerte llevado de voluntarioso impulso, sobreponiéndose á esta corteza corporal que lo tiene encarcelado en los vínculos de su organismo.

(1) Tissot, y tambien Lewis, *upon tabes dorsalis*, Lond., 1748, en 8º., páj. 19.

LIBRO SEGUNDO.

SECCION PRIMERA.

DE LA DISTRIBUCION JENERAL DEL JENERO HUMANO SEGUN LOS DIVERSOS TERRITORIOS DEL GLOBO.

Si, como se ha creido, las primeras moradas del jenero humano que huia de las antiguas inundaciones de la tierra, fueron las cumbres de las montañas, los páramos, como el de la gran Tartaria ó del Tibet, segun suponía Bailly, ó como la cordillera del Atlante en África, y las cumbres del Cáucaso, del Libano ú de Arabia, y por último, las altas gargantas de los Andes en el Perú y Méjico; casi todos estos terrenos presentan el sello particular de la dilatada permanencia de los hombres (1).

(1) W. Maclure, en sus conjeturas acerca de las mudanzas jeológicas de la América septentrional, cree que el estado de civilizacion de los páramos de Méjico y del Perú, y el estado salvaje de la casta humana que ocupa las rejiones americanas menos elevadas, dependen de la gran cantidad de aguas y pantanos que en lo antiguo cubrian las tierras bajas. Confirma esta opi-